

Antonio Puri. De Chandigarh a Bogotá

Rodrigo Alonso

Al llegar a cada nueva ciudad, el viajero encuentra un pasado suyo que ya no sabía que tenía: la extrañeza de lo que no eres o no posees más, te espera al paso en los lugares extraños y no poseídos.

Ítalo Calvino, *Las ciudades invisibles*

El trabajo de Antonio Puri da cuenta de su condición migrante. Nacido en Chandigarh (Norte de la India), criado al pie del Himalaya, formado en los Estados Unidos, y finalmente radicado en Bogotá, el artista se rehúsa a ser identificado con cualquier contexto o geografía específica para reivindicar una existencia desligada de las imposiciones de una identidad.

Esta condición se plasma en obras esencialmente híbridas, en las cuales se funden, dialogan, interactúan o tensionan diferentes materiales y referencias culturales. Cada pieza es un territorio de encuentro para todos estos elementos que tienen como único punto de confluencia a la subjetividad del artista. Por esto, Puri asegura que su trabajo es narcisista, y que sólo se explica en relación con su propia vida y experiencia. “Todo lo que hago tiene que ver conmigo – declara – no con la gente, los lugares o las cosas”.

Esta singularidad radical se despliega en conexiones personales que vinculan datos históricos, acontecimientos cotidianos, la idiosincrasia de los lugares en los cuales ha vivido, los legados culturales y hasta su propio cuerpo. Las imágenes, las configuraciones formales, las técnicas, los materiales y las texturas de sus obras adquieren la totalidad de su sentido cuando se asocian con él. Arte y vida se interceptan no ya en la exaltación de lo público – como sucedió en la década de 1960 – sino en el redescubrimiento de lo particular y de sus posibilidades expresivas.

En los últimos años, Puri viene revisitando la obra del arquitecto suizo Le Corbusier, autor del diseño urbano de su ciudad natal. De hecho, Chandigarh es la única comunidad del mundo que hizo realidad las ideas del renombrado arquitecto, quien proyectó las organizaciones de numerosas urbes del planeta – incluida Bogotá – sin poder llevarlas a cabo. En su concepción humanista, Le Corbusier plantea la construcción de espacios y edificios con una escala humana, en contacto con el cosmos y con la naturaleza, que potencien la vida en común. Pero para que esto suceda, considera necesario expurgar los deseos individuales. Así lo establece en el mandato que legó a los habitantes de la ciudad india: “El objetivo de este edicto es iluminar a los ciudadanos actuales y futuros de Chandigarh sobre los conceptos básicos de planificación de la ciudad para que se conviertan en sus guardianes y la salven de los caprichos de las personas”.

La arquitectura lecorbusiana utiliza el cemento como material constructivo fundamental. Debido a esto, Chandigarh es una ciudad constituida por tonalidades de grises, que contrastan con los colores de la naturaleza y de las gentes. En 2016, Antonio Puri realizó una exposición allí que tituló *I Love the Beauty of Grey* (Amo la belleza del gris), en la cual, además de homenajear a su lugar de origen, incorporó el gris como color predominante, dotándolo de cualidades personales y metafóricas.

Para su primera exposición individual en Colombia, Puri decide adoptar a Le Corbusier como puente simbólico. Tomando en cuenta que el diseño de Chandigarh es inmediatamente posterior al de Bogotá, imagina al arquitecto suizo proyectando muchas de sus ideas y utopías para esta última ciudad en su similar asiática. Una obra monumental realizada especialmente para esta

exhibición integra ambos diseños, estableciendo una conexión insólita entre dos sitios que tienen muy poco en común, a excepción de los vínculos vitales, creativos e imaginarios, impulsados por un arquitecto del siglo pasado y por un artista del nuestro.

Una de las características del trabajo de Antonio Puri es su composición en capas superpuestas, que son al mismo tiempo materiales, culturales y simbólicas. Sus telas y papeles poseen un espesor que invita a la lectura en profundidad. Mediante una técnica especial, las huellas, las capas de pintura, las texturas, las transparencias, construyen una superficie compleja que habilita dos tipos de aproximaciones: una lejana, que en general se presenta como una abstracción más o menos liberada, y otra próxima, que pone de manifiesto una infinidad de sutilezas y detalles. A todo esto, se suman algunos elementos significativos, como el carácter artesanal de los papeles, los mandalas, los planos arquitectónicos, a veces algunas palabras. En la serie *Homeless*, este vocablo resume ideas sobre los desplazamientos, la diáspora, la imposible identidad; en su realización, el artista utiliza un recubrimiento de oro que remite, a la vez, a la obsesión con este mineral propia de la cultura india y a la legendaria ciudad perdida de El Dorado.

Uno de los signos que aparece con bastante insistencia es una cuerda o su rastro espectral, que alude, según el artista, a las numerosas ataduras que nos constituyen como seres humanos y sociales (desde el cordón umbilical a los lazos familiares, los rituales religiosos, los juegos sexuales, ciertas prácticas estéticas, etc.). Puri cuestiona estos vínculos, prefiere desentenderse de todo tipo de ligazones, pero al mismo tiempo reconoce su protagonismo social. De ahí su adopción del planteo dialéctico – atadura/desatadura (*bound/unbound*) – a la hora de reflexionar sobre algunos temas que los involucran, y en especial, sobre la identidad.

La mayoría de los trabajos de Puri se organizan en series dinámicas, que responden a razones contingentes más que a una lógica formal. *My Soul Has Many Shadows* (Mi alma tiene muchas sombras), por ejemplo, está compuesta por 44 piezas, un número que corresponde a los años de vida que tenía el artista al producirla. La serie *50* surgió seis años después, cuando éste alcanzó esa edad. Hoy lleva adelante un nuevo conjunto de obras que se titula *100 vidas*, y que continúa en proceso. Esta perspectiva un tanto arbitraria en la configuración de las series, lo aparta de la práctica modernista que acudía al trabajo seriado para expurgar todo rastro de individualismo. Puri, en cambio, establece conexiones vitales con sus obras, que no ocultan cierto costado irreverente, caprichoso o lúdico.

Puri reivindica la vitalidad de la pintura a pesar de los anuncios sobre su muerte; no obstante, también experimenta con sus límites. En un grupo de construcciones realizadas con bastidores unidos, transmuta la bidimensionalidad del espacio pictórico en estructuras destinadas al mundo tridimensional. En estas piezas, las telas se convierten en verdaderos “soportes”. Las superficies reservadas a la representación plástica quedan obstruidas y el interés se desplaza hacia el volumen escultórico. Satíricamente, tanto *Lengua negra*, como *Lengua negra doble*, son pinturas que erigen su propia pared, lo cual las vuelve por completo autónomas. Sus tratamientos visuales son un enigma; sólo son visibles las huellas que han quedado impregnadas en los bordes de los bastidores. Su uso como módulo constructivo llama la atención sobre su materialidad concreta. Columnas y paredes remiten al lenguaje arquitectónico, en una nueva remisión evocadora del trabajo de Le Corbusier.

A través de todos estos recursos, Antonio Puri explora materiales, formas y procedimientos que señalan reflexivamente hacia él. Cada una de sus obras es un modo de exponerse en su perpetuo litigio contra las ataduras – los lazos, las asociaciones – a ideas y lugares de los cuales se quiere distanciar.